

La Compañía Nacional de



Teatro Clásico

Por Alberto de la Hera*

El 14 de febrero último, desde el escenario del Teatro de la Comedia, Adolfo Marsillach glosaba la historia de los diez primeros años de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, por él dirigida. «No hemos alcanzado aún –decía– las cotas de la Comédie Française o de la Royal Shakespeare, pero al menos hemos llevado a cabo una buena labor».

Ambas afirmaciones eran ciertas. La segunda, porque, como intentaremos exponer aquí, la labor realizada por la compañía Nacional de Teatro Clásico ha sido excelente; la primera porque, para alcanzar el nivel y la significación de las dos otras compañías citadas, hace falta muchísimo tiempo, y no solamente tiempo. Pero el camino ha quedado abierto y el recorrido ha comenzado con buen paso.

La Comédie Française y la Royal Shakespeare Company son gloriosos e inevitables puntos de referencia del teatro en todo el mundo, algo de mucho mayor calado que simplemente dos compañías para hacer buen teatro. Baste señalar, a los efectos de este apunte, que han mantenido vivo el teatro clásico francés e inglés, dentro de los niveles que corresponden a los que son cimeros puntos de referencia del teatro universal. Asombrosamente, fue necesario llegar a 1986 para que en España naciese una iniciativa semejante. Ahora

hay que esperar que la inconstancia y ceguera de que hemos dado demasiadas pruebas los españoles no nos permitan destruir lo que, muy por el contrario, hay que potenciar, hasta que la Compañía Nacional de Teatro Clásico llegue a ocupar el lugar que toca al teatro de un país que posee una tradición teatral tan excepcionalmente rica como la nuestra.

Cuando el Ministerio de Cultura confió a Adolfo Marsillach la creación y dirección de una compañía Nacional de Teatro Clásico, le encomendó un muy difícil empeño. Marsillach no tendría que partir de cero, sino de una temperatura bajo mínimos. Para los españoles, el teatro clásico era sinónimo de pesadez y aburrimiento. Algunas iniciativas notables, como las debidas a José Tamayo o al Teatro Español, habían llevado con éxito a la escena piezas de nuestros autores del Siglo de Oro; pero fueron momentos aislados que no bastaron para despertar en la conciencia colectiva el interés por los clásicos.

El propio Marsillach ha confesado que a él también los clásicos le parecían pesados. Puede que sea una *boutade*, pero el director nos está diciendo que esa opinión generalizada, ese menosprecio común por una maravillosa tradición literaria, suponía un cáncer en la poco sólida formación cultural de los españoles.

No todo está conseguido; pero han bastado diez años y veintidós espectáculos para llevar al teatro a

* Crítico Teatral

"La gran sultada", de Cervantes. Dirección: Adolfo Marsillach. CNTC (1994). (Foto: Ros Ribas).

millón y medio de espectadores, para crear un público, para iniciar la vuelta hacia adelante de una opinión, para que se conozcan de otro modo los clásicos. Los grupos vocacionales, las salas alternativas, representan cada vez más a los clásicos, que también allí encuentran un nuevo público. Del Siglo de Oro se habla con naturalidad entre los aficionados. Los actores y directores empiezan a cuidar el modo de declamar. Las escenografías buscan una belleza y dignidad que eran antes raras y consideradas poco menos que un gasto inútil. La guardarropía deja paso a la cuidadosa elaboración de figurines inspirados en fuentes de época. Los clásicos se estudian, se

analizan, y se difunden como una riqueza cultural que ha de ser admirada tanto como la música o la pintura. Es, – pienso– mérito sobre todo de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, catalizadora de ese movimiento que, si no lo detienen, permitirá dentro de un tiempo que podamos, sin enrojecer, compararnos con Francia o Inglaterra.

El éxito es el fruto del esfuerzo. Marsillach buscó para la compañía que ponían en sus manos un plan de trabajo coherente y serio. De un lado, la selección y formación de actores. Cabe aquí preguntarse si hubiese sido preferible formar una Compañía estable, o –como ha preferido Marsillach–

cambiar con frecuencia el elenco, aunque con tendencia a mantener un núcleo de algunos nombres que, al menos durante un tiempo, permaneciesen como eje de apoyo de un cierto número de espectáculos. Una Compañía, en el sentido más claro de la expresión, con la característica nota de la permanencia, no la ha habido pero quizás no conviene que la hubiera todavía. Se corre el peligro, aún, de dar un carácter de empleados públicos a un grupo concreto y privilegiado de actores, constituidos en minoría selecta y cerrada. Pero sí que habrá, por sus pasos, que encontrar el modo de que la Compañía llegue a ser escuela de actores y punto de lanzamiento



"El médico de su honra", de Calderón. Dirección: Adolfo Marsillach. CNTC (1993). (Foto: Ros Ribas).

"El Alcalde de Zalamea", de Calderón de la Barca. Dirección: José Luis Alonso. CNTC (1988). (Foto: Ros Ribas).



de profesionales de primer orden para nuestro teatro.

Y, de otro lado, la selección de espectáculos. Marsillach ha paseado su mirada por el amplio panorama de nuestros clásicos, y han subido al escenario, bajo su impulso, Calderón, Lope, Moreto, Fernando de Rojas,

Tirso, Ruiz de Alarcón, Quiñones de Benavente, Cervantes, Guillem de Castro y Molière.

Faltan nombres, pero están casi todos los importantes. Las obras elegidas pudieron ser otras, pero eran todas adecuadas. Las puestas en escena, o los directores a las que se les

confiaron, pudieron variar y alcanzar un mayor o menor acierto. Pero esa es la grandeza y el riesgo del teatro. Los veintidós títulos estrenados, con el margen de imprecisión que clasificar supone siempre, pueden ordenarse así:

a) Títulos señeros del clasicismo teatral español, que nunca han dejado de representarse, pero que eran necesarios como puntos de anclaje de una programación sobre los clásicos (*La Celestina*, *El alcalde de Zalamea*, *Fuenteovejuna*);

b) Títulos igualmente capitales, que sin embargo han sido representados con menor frecuencia, y cuyo rescate resultaba imprescindible para sacar al Teatro Clásico de caminos repetitivos y por ende monótonos (*El burlador de Sevilla*, *El vergonzoso en palacio*, *El perro del hortelano*, *La dama duende*, *El caballero de Olmedo*, *La verdad sospechosa*, *El desdén con el desdén*, *El médico de su honra*, *Don Gil de las calzas verdes*);

c) Títulos prácticamente desconocidos incluso del público culto, pero necesarios si se ha de salir del ámbito de lo ya visto para descubrir la verdadera profundidad de la producción dramática del clasicismo español (*Los locos de Valencia*, *No puede ser... el guardar una mujer*, *La noche toledana*, *El jardín de Falerina*, *Los mal casados de Valencia*, *El acero de Madrid*); y

d) Un par de títulos que pertenecen a esta última categoría, y con los que Marsillach ha llevado a cabo una labor de renovadora recreación escénica, prueba de las inmensas posibilidades que guarda un teatro clásico tan rico como lo es el español (*Antes que todo es mi dama*, *La gran sultana*).

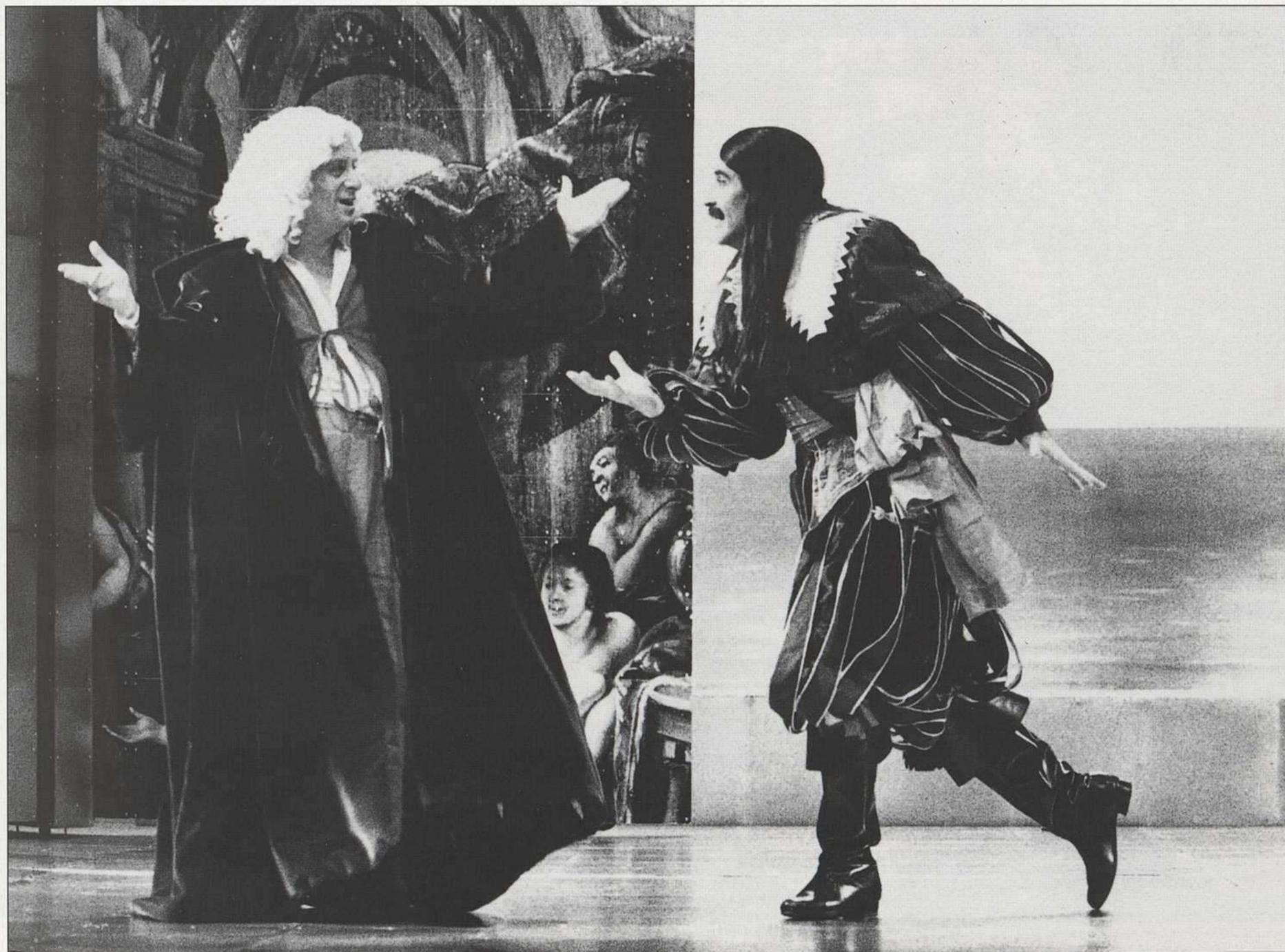
Hemos mencionado veinte títulos; faltan dos. Uno es el que consideramos el único gran error de la Compañía Nacional de Teatro Clásico: el pretendido auto sacramental denominado *Fiesta barroca*, de todo punto ininsertable en la clasificación que acabamos de proponer; otro es *El Misántropo* de Molière, espléndido espectáculo que obedece, desde el punto de vista de su programación, más a un propósito personal del Director que a la difusión de nuestros clásicos.

Con todos estos espectáculos ha trabajado la Compañía Nacional con una dedicación ejemplar. La dirección escénica ha pasado por di-

ferentes manos, con claro predominio de Marsillach y un caso de rotundo éxito cuando no ha sido él el director (*El alcalde de Zalamea*, de José Luis Alonso, sin olvidar tampoco *La Verdad sospechosa* de Pilar Miró). El escenógrafo fundamental fue Carlos Cytrynowski, creador de maravillas como el brillante escenario de *El vergonzoso en palacio*, el ingenioso dispositivo escénico de *Antes que todo es mi dama*, la inspirada recreación ambiental de *Los locos de Valencia* o el gracioso juguete en que se resolvía el decorado de *La gran sultana*. La relación de actores es en exceso larga para recordarla aquí. Y no es un tópico decir que el trabajo de conjunto, la creación de un

empeño común, ha sido un logro de Marsillach que presta solidez a la empresa de dotar al teatro clásico de un fundamento capaz de garantizar la pervivencia del trabajo emprendido.

No puede haber aquí lugar para la torpe polémica sobre teatro público y teatro privado. Es éste justamente el terreno en el que el apoyo público al teatro no sólo conviene, sino que resulta absolutamente necesario. Sin el camino emprendido, y hasta ahora bien conducido, por la Compañía Nacional de Teatro Clásico, nuestra escena estaría falta de uno de los sellos fundamentales de cualquier seria política teatral.



"El desdén con el desdén", de Agustín Moreto. Dirección: Gerardo Malla. CNTC (1992). (Foto: Ros Ribas).